

## UNA NUEVA ETAPA HISTORICA<sup>1</sup>

Ernesto Aldo Isuani

### INTRODUCCION

Parto de la afirmación de que estamos asistiendo a una transición entre grandes etapas históricas y, en consecuencia, está surgiendo frente a nosotros una sociedad que aun cuando sus principios constitutivos básicos la identifican como capitalista, presenta rasgos centrales de organización sustancialmente diferentes de los que caracterizaban la etapa que estamos abandonando.

Los profundos cambios económicos, políticos, sociales y culturales producidos en los últimos años dejan entrever parcialmente el perfil de la nueva sociedad que se está forjando; parcialmente digo, porque la transición aun no ha finalizado; otros cambios estan aún gestándose y deberan aportar a la forma final que asuma este nuevo periodo histórico.

El objetivo principal de este trabajo es intentar una identificación de las características centrales de la nueva etapa histórica y evaluar su impacto sobre valores tales como la igualdad, la libertad, la participación, la convivencia civilizada. Para atender aquel objetivo central encontré necesario organizar el ensayo en las siguientes secciones.

En primer lugar, y dada la afirmación de que asistimos al cierre de una etapa histórica, es conveniente analizar los rasgos principales de la estructura social que estamos abandonando, surgida a mediados del presente siglo y que a falta de mejor nombre definimos como keynesiana. Pero además, decidí presentar tambien el periodo que antecedió al keynesianismo, aquel que iniciado a comienzos del siglo XIX y finalizado en la Gran Depresión, fue conocido como el periodo del liberalismo. La justificación para incluir una sección donde se sintenticen las notas centrales de ambas etapas, descansa en la utilidad que a mi juicio brinda para entender, por similitudes y diferencias, las rasgos que va adquiriendo la sociedad que se genera ante nosotros.

En la segunda sección me abocaré a describir las principales transformaciones que se estan operando en esta nueva transición, comenzando por ofrecer algunas interpretaciones sobre las causas que produjeron la crisis de la etapa en extinción. El estudio aquí referirá a los cambios producidos en el sistema productivo y su impacto en el mercado de trabajo, en los mecanismos de redistribución operados por el

---

<sup>1</sup> Publicado en Isuani, Aldo y Filmus, Daniel "La Argentina que viene" FLACSO-UNICEF, Ed. Norma, Buenos Aires 1998

Estado, en los “estilos” culturales y en la estructura y dinámica políticas. Además, y a partir del supuesto de que se mantienen en el futuro las actuales tendencias de la transformación, me interesa contribuir a delinear el probable futuro perfil que adquirirá la nueva sociedad y señalar los desafíos más importantes que impondrá a la construcción de una sociedad más civilizada.

El trabajo que estoy abordando tiene una cierta pretensión de universalidad. Ello quiere decir que se plantea como válido para un conjunto amplio de las actuales sociedades nacionales. No obstante mi interés principal refiere a la problemática argentina. Por esta razón, en tercer lugar, concentraré mis esfuerzos en analizar como se inserta la Argentina en este cambio global, explicitando las transformaciones a las que está sujeta y el escenario al que ellas conducen..

En último término, indagaré sobre caminos a transitar para enfrentar algunos desafíos emergentes; esto es, sugeriré algunas vías que pueden ser utilizadas para que la sociedad emergente pueda avanzar, en vez de retroceder, en estructurarse en torno a mayor civilidad y democracia.

## **I. UNA PERSPECTIVA HISTORICA : LIBERALISMO Y KEYNESIANISMO**

Los dos últimos periodos de la historia del capitalismo han sido el liberalismo y el keynesianismo y sobre sus características principales concentraré mi examen.

### **A. El Liberalismo**

El origen del liberalismo puede ser ubicado en los comienzos del siglo XIX y tiene como hito de finalización la Gran Depresión de 1929.

El liberalismo es la etapa histórica que sucede al absolutismo monárquico y sus primeros vestigios se remontan a la Inglaterra de la segunda mitad siglo XVII. La revolución de 1644, la decapitación de Carlos I, la dictadura de Cromwell y la revolución de 1688 ya indicaban el camino hacia la consolidación de una clase capitalista agraria que gobernará a través del Parlamento (MOORE 1973). De cualquier manera, el proceso de transición al liberalismo solo concluirá a comienzos del siglo XIX cuando se constituye el último factor necesario para definir una sociedad capitalista: la construcción de un mercado libre de trabajo (POLANYI 1957).

Pero además es importante notar que en realidad Inglaterra fue una precursora y excepción en el modelo de tránsito entre absolutismo y liberalismo: en los países de la Europa continental la construcción de una clase burguesa fue en gran medida producto de la acción de las monarquías absolutistas. Entre otras razones, la

necesidad de no quedar atrás en la competencia con Inglaterra, obligó a los monarcas franceses y alemanes a promover el desarrollo del capitalismo industrial que solo después de un tiempo generó una burguesía capaz de liderarlo. Este proceso es el que encuentra su origen en los comienzos del siglo XIX, cuando ya había madurado la revolución industrial, se completaba el retiro del Estado del terreno de la producción y la distribución y aparecía un mercado de trabajo autorregulado, factores que le dieron un nuevo sello al comportamiento cíclico de la economía capitalista

La existencia de los ciclos económicos en un contexto de mercado de trabajo libre operó como un eficaz instrumento para disciplinar a la fuerza de trabajo. La fase recesiva del ciclo asociada al fenómeno del desempleo generó el miedo de perder el trabajo y debilitó el poder de negociación de los trabajadores permitiendo un funcionamiento eficaz del “ejército de reserva” descrito por Marx y Engels.

La acción redistributiva del estado absolutista centrada en la protección de los miserables y que tiene como símbolo principal el experimento de Speenhamland en Inglaterra donde a fines del siglo XVIII, se establece una especie de primitivo Estado de Bienestar, va ser revertido drásticamente a comienzos del siglo XIX cuando nuevas leyes de pobres van en realidad a terminar de generar un mercado de trabajo donde primaría el principio de “self-reliance”; esto es, el abandono del principio feudal de la responsabilidad que el señor tenía sobre el bienestar del siervo y la adopción de una concepción que atribuye al trabajador la responsabilidad por su sobrevivencia.

De esta manera, quienes estaban en condiciones de sobrevivir a través de su inserción en el mercado de trabajo, debían hacerlo, castigándose la mendicidad y la vagancia. La ayuda estatal, provista a través de las instituciones de beneficencia enfocaba su labor en aquellos pobres que no estaban en condiciones de sobrevivir en el mercado. Obviamente la ayuda no debía provocar ninguna tentación a quienes trabajaban. Por ello el principio de “less eligibility” orientaba la tarea asistencial: los frutos de ésta debían ser deplorables para que nadie que pudiera vivir de su trabajo estuviese tentado de recurrir a ellos.

Pero el impacto negativo de la fase declinante del ciclo económico sobre el poder de negociación de los trabajadores era compensado por el impulso que generaba el movimiento hacia el auge del ciclo sobre la organización y la capacidad negociadora de la fuerza de trabajo. Además, los procesos de industrialización y urbanización fueron creando las condiciones para que ella fuera ejercitándose en el desarrollo de la acción colectiva.

Así surgieron en un primer momento las asociaciones mutuales destinadas a proteger, mediante la contribución solidaria, a los trabajadores enfermos o inválidos y a las familias de los trabajadores que fallecían. Estas asociaciones que constituían una

primera reacción de los asalariados para enfrentar las duras consecuencias del funcionamiento del “mercado libre” derivaron, en un segundo momento, en sindicatos, es decir no solo ya organizaciones de ayuda mutua sino también de defensa y conquista de beneficios laborales. A esta altura los trabajadores no adoptaban solo estrategias defensivas frente al capital sino asumían iniciativas para demandar y obtener por medio de negociación o conflicto mejores salarios, reducción de la jornada laboral u otras mejoras en las condiciones de trabajo. Finalmente, la fuerza de trabajo dió origen a centrales sindicales y partidos políticos que intentaban generar un cambio profundo, generalmente revolucionario, del orden social prevalente. Organizaciones como las diversas centrales sindicales anarquistas, anarcosindicalistas o la socialdemocracia alemana y el laborismo inglés anunciaban desde finales del siglo pasado que más allá de las demandas por beneficios laborales, los trabajadores se convertían en un actor con pretensiones de intervenir en el dictado de las reglas de juego de la organización socio-productiva.

Este proceso generó un cambio importante en la acción redistributiva del Estado, que creó la figura de la seguridad social como elemento destinado a “prevenir el orden” y evitar que la “cuestión social” se tornara álgida demás. De hecho, más que responder a demandas del movimiento obrero, la seguridad social se convirtió, en su origen, en un instrumento de negociación utilizado por las elites gobernantes para desradicalizar el conflicto social, otorgando beneficios, que al no ser demandados por los trabajadores, no aparecían como conquistas arrancadas al Estado (RIMLINGER 1971). El seguro social introducía la noción del derecho al beneficio por mérito de la contribución realizada a financiarlo y superaba la lógica discrecional de la acción de beneficencia hacia los pobres donde estos no tenían derecho a recibir sus frutos ni el Estado obligación de darlos.

Por esta razón el seguro social implicaba un estadio donde la fuerza de trabajo había accedido a convertirse en un actor social y político de una relevancia imposible de ser ignorada. Este hecho comenzaba a colisionar con los devastadores efectos de los recurrentes momentos de recesión y desempleo. Estos, por un lado disciplinaban a los trabajadores, pero la acción colectiva y el conflicto protagonizados por las organizaciones que los representaban se desplegaba con un contenido antiestatal y revolucionario que hacía peligrar el orden social. La Gran Depresión fue el final para un periodo de la historia del capitalismo que parecía no poder responder a los desafíos que enfrentaba. Se cerraba así la etapa del liberalismo y se iniciaba otra de renovada intervención estatal, denominada la etapa keynesiana.

## **B. El Keynesianismo**

La etapa keynesiana tiene sus raíces conceptuales en el periodo inmediato posterior a la Gran Depresión, y aunque experimentada en el New Deal impulsado por Roosevelt, solo logró vigencia en Occidente, después de la segunda guerra mundial

La síntesis del diagnóstico realizado por J.M.Keynes es que el capitalismo asiste cíclicamente a crisis de consumo; en definitiva la capacidad de producción de la sociedad capitalista vá periodicamente más allá de la capacidad de consumir de la población, hecho central para explicar las recesiones o depresiones económicas.

Si pudiera acudirse a mecanismos que lograran mantener constante la demanda efectiva de la población, el ciclo económico no exhibiría sus pronunciados picos y se evitaría así la destrucción de capital que se operaba en cada momento de baja del ciclo y seguramente también el conflicto social que el mismo generaba.

Como los trabajadores tienen una mayor propensión al consumo que al ahorro a diferencia de los empresarios que pueden disponer una mayor proporción de su ingreso para el ahorro y la inversión, una acción del Estado tendiente a estimular el consumo de los primeros tendría seguramente un efecto benéfico sobre el comportamiento de la economía. Los capitalistas tendrían frente al estímulo de demanda, una respuesta positiva en términos de actividad productiva lo que en definitiva traería aparejadas mayores ganancias.

Fomentar el mayor consumo de los trabajadores y en consecuencia mayor producción y ganancia de los empresarios generaba una fórmula que en la economía clásica parecía antitética. Para operar este cambio revolucionario el keynesianismo acudió a la intervención estatal en la economía y a la institucionalización del pleno empleo instrumentos con los que pretendía domesticar el ciclo económico y encontró en la reformulación y expansión del seguro social bismarckiano introducido a finales del siglo XIX, un formidable aliado para elevar la demanda efectiva.

Basado en el argumento de que la estimulación de la demanda de bienes y servicios era funcional a la regularización del ciclo económico, la intervención del Estado en la economía se convirtió en piedra angular de la receta keynesiana.

Para esta labor el Estado acudía a una compleja gama de instrumentos con los que podía moderar las oscilaciones del ciclo. Un manejo prudente y avezado de herramientas tales como la política financiera, crediticia, arancelaria, impositiva, etc. permitían actuar a contrapelo del ciclo económico y moderar las consecuencias no queridas de las fases de alta y de baja de dicho ciclo. La combinación de instrumentos anticíclicos podía así ya sea sacar a una determinada economía o sector de la misma de las garras recesivas como frenar las tendencias inflacionarias que pudieran generarse en el momento expansivo. Además, el Estado se involucró en muchas sociedades en la producción de bienes y servicios, generalmente en actividades de infraestructura con gran efecto multiplicador sobre el resto de la economía (SHONFIELD 1970).

El pleno empleo era el otro gran instrumento para la regulación del ciclo económico y para esto el Estado desarrolló tanto legislación que dificultaba el despido en el sector privado como una gran generación de puestos de trabajo a través del empleo público.

Por último hubo también cambios significativos en la política social de la etapa keynesiana. Frente al modelo bismarckiano del seguro social donde el acceso era posible a través de la contribución realizada al financiamiento, se erige un nuevo enfoque hecho posible por las restricciones impuestas por la guerra mundial. El nuevo Estado de Bienestar adopta las instituciones bismarckianas tales como los sistemas jubilatorios, seguros de salud o esquemas de compensación por accidentes de trabajo pero introduce importantes modificaciones conceptuales ya que el derecho al beneficio se relaciona con la pertenencia ciudadana promoviendo así una cobertura sobre bases universales y financiada por impuestos generales. Así se dejaba atrás la lógica bismarckiana por la cual el acceso al beneficio queda limitado a quien contribuye a financiarlo. En síntesis, se opera una importante transición entre el acceso al beneficio justificado por la contribución a aquel generado por la ciudadanía. Lord Beveridge y su famoso informe que servirá de base para el nacimiento del Servicio Nacional de Salud inglés son el prototipo de la política social en la etapa keynesiana.

Además, se produjeron cambios muy importantes en la dinámica de los grandes actores sociales. En primer lugar los trabajadores renunciaron a su pasado revolucionario y aceptaron los parámetros básicos de la sociedad capitalista: propiedad privada de los medios de producción y prioridad de inversión para el propietario de capital y obtuvo a cambio el reconocimiento de sus instituciones sindicales y mejoras en sus salarios y condiciones de trabajo. Habíamos alcanzado lo que se denomina el “Gran Acuerdo” (OFFE 1984) de la posguerra que dejaba atrás décadas de álgido conflicto social y eliminaba la amenaza de cambios revolucionarios.

Los avances en materia de derechos sociales eran acompañados por una expansión democrática. El sufragio universal había introducido la democracia de masas y de esta manera las fuerzas políticas en disputa por el control del Estado y de sus políticas, no podían dejar de tener cuenta que sus posibilidades de acceder o mantenerse en el poder político estaban asociadas a responder positivamente a demandas y expectativas del electorado del que dependían. En consecuencia esto facilitaba el surgimiento de nuevos derechos, nuevas conquistas, nuevos beneficios.

El periodo de posguerra basado en los instrumentos aportados por Keynes significó una etapa esplendorosa de la historia del capitalismo ya que existió un espectacular crecimiento de la producción y la productividad, en el contexto de baja inflación y desempleo. Se había logrado así domesticar al ciclo económico; la economía no dejaba de crecer y solo la afectaban esporádicas y suaves recesiones que parecían más

bien un descanso que la economía tomaba solo para volver a avanzar con grandes bríos. Keynes reinaba en Occidente y su inspiración no solo resolvía problemas del crecimiento sino también los relativos al orden social.

## **II. LAS TRANSFORMACIONES SOCIALES CONTEMPORANEAS Y LOS ESCENARIOS FUTUROS**

Hacia comienzos de la década del setenta, y especialmente a partir de la crisis del petróleo de 1973, la economía occidental inspirada por el keynesianismo comenzó a exhibir problemas tales como caídas en la producción y la productividad y aumentos en la inflación y el desempleo. Aún más, emergía un fenómeno desconocido, una combinación entre estancamiento e inflación que fue bautizada como “stagflation” (stagnation + inflation). Y en verdad se trataba de un nuevo fenómeno ya que en la etapa del liberalismo la inflación estaba asociada a momentos de auge del ciclo económico y no de recesión cuya compañera solía ser la deflación.

Varios tipos de hipótesis han sido ofrecidas para explicar la crisis del keynesianismo<sup>2</sup>, pero claramente hacia los ochenta ya existía el convencimiento que no se trataba de una crisis menor sino de una crisis del modelo de desarrollo mismo.

Entre las explicaciones, la noción de que el poder creciente de las clases subordinadas fomentadas por el pleno empleo había erosionado el poder disciplinador que en el pasado jugaba la recesión y el consecuente desempleo, se erigía como razón principal de la crisis. La inflación habría reemplazado así a la recesión como instrumento de contención de demandas pero hasta el punto en el que crecientes niveles de inflación terminaban generando una amenaza al proceso mismo de acumulación, al desincentivar el proceso de inversión. Así, mientras en la Gran Depresión de 1929 se daba una crisis de consumo, en los setenta comenzaba a generarse una crisis de acumulación (O'CONNOR 1986)

A esta altura, se habían generado las condiciones para la aplicación de estrategias dirigidas a demoler los fundamentos de la etapa keynesiana. Las estrategias y políticas de privatización, desregulación y flexibilización laboral intentan revertir los desajustes introducidos por el keynesianismo. La privatización reduce la presencia estatal en la producción de bienes y servicios y la capacidad de generar o mantener puestos de trabajos en el sector público, la desregulación limita la capacidad estatal para intervenir en la economía y la flexibilidad laboral ataca el poder de los sindicatos y la rigidez del keynesianismo para los desplazamientos al interior y hacia el exterior del mercado laboral.

---

<sup>2</sup> Ver una síntesis en ISUANI 1991

Se inicia así el tránsito hacia una nueva etapa histórica cuyos parámetros se alejan claramente de los keynesianos y se aproximan al prekeynesiano o liberal, razón por la que recibe el rótulo de Neo-liberal.

Además, la transición entre keynesianismo y neoliberalismo se produce simultáneamente con tres hechos de significación.

En primer lugar, con la caída del bloque socialista y del mundo bipolar fruto de la posguerra. De ahora en más, no quedan resistencias al desarrollo del capitalismo.

En segundo lugar, y alentado por la disolución de la bipolaridad político-militar, la más nítida conformación de bloques económicos en competencia y la hegemonía de los Estados Unidos, se acelera, el fenómeno de la globalización: el mundo asiste a un proceso que puede compararse a la construcción de los Estados nacionales a cargo de los reyes absolutistas. Estos lograron a mediados del milenio, que una enorme cantidad de pequeñas unidades políticas (condados, ducados, principados) se fundieran en un reducido número de sociedades nacionales (TILLY 1975). La labor del absolutismo aquí, fue desmontar las barreras interiores a la producción y el comercio y erigir barreras exteriores, proceso que se denominó Mercantilismo. Hoy asistimos a la construcción una sociedad global donde las barreras nacionales a la producción y el comercio se resquebrajan rápidamente. Se estima por ejemplo que mientras el cumplimiento de los acuerdos logrado en la Ronda Uruguay del GATT implicará un aumento del 20% en el comercio mundial, la producción mundial crecerá solo el 5% (OIT 1995)

En tercer lugar, se produce un importante desplazamiento en el eje dinámico de la actividad productiva. No son ya la siderurgia, la metal-mecánica o la petro-química las actividades que lideran el proceso productivo como ocurrió a partir de la posguerra, sino que se produce un cambio de liderazgo en favor de actividades cuyo insumo principal son niveles más elevados y sofisticados de conocimiento. Así la informática, la robótica, la ciencia de nuevos materiales, la biogenética y la aeronáutica se transforman en los líderes del moderno proceso productivo (THUROW 1992).

Y este fenómeno tiene un tremendo impacto en el mercado de trabajo. Sólo crecientes niveles de calificación y educación hacen posible el acceso a un sistema productivo que desde sus orígenes no cesa de ahorrar fuerza de trabajo en el acto de producción. Así el mercado de trabajo se fragmenta estableciendo cada vez más distancia económica y social entre quienes están en condiciones de acceder a la modernidad y quienes ya no pueden aspirar a ello. Y esto obviamente no es solo un problema de países periféricos sino que afecta al mismísimo primer mundo: en la OCDE y más allá de una tasa de desempleo promedio en el orden del 10%, una preocupación que



crece es la menor perspectiva de empleo de los sectores de trabajadores de escasa calificación y la creciente brecha salarial entre ellos y los calificados (OIT 1995)

Esto derrumba el ideal de la etapa keynesiana donde, aun cuando pudiera ser lenta, la tarea de incorporación a la sociedad moderna era un hecho inexorable. El crecimiento económico llevaría a que el trabajo asalariado avanzara sobre los bolsones de sociedad tradicional, precapitalista o cuentapropista existente. Así, todos terminarían empleados y cubiertos por los mecanismos de la seguridad social. En la actualidad, estas no parecen ser las expectativas (OFFE 1986)

En la sociedad que se configura esto ya no es posible. Antiguos incluidos salen de los márgenes del nuevo sistema productivo y mucho de ellos se tornan “pobres estructurales”. Comienza a dibujarse así una sociedad mucho más heterogénea pero cuya heterogeneidad no oculta una situación de dualidad. Por un lado, están quienes acceden al nuevo sistema productivo y por el otro, sectores que ya no tienen condiciones de acceder a él y a los beneficios salariales y laborales que el acceso implica. Y la marca de la pertenencia o no descansando fuertemente en el nivel de educación o calificación alcanzado.

Mientras tanto, el Estado Benefactor de raíz bismarckiana se modifica al compás de la reestructuración del mercado de trabajo pero no es desmantelado como su homónimo keynesiano. En otras palabras, las instituciones del seguro social ven reducido su alcance a quienes quedan incorporados al sector moderno de la economía pero mantiene intacta sus instituciones (seguro de salud, pensiones, etc.). Esta reducción de la cobertura del seguro social es paralela al crecimiento de las políticas asistenciales para los excluidos las que, como la beneficencia de la etapa del liberalismo, tienen capacidad solo para llegar con algo pobre a algunos pobres entre los pobres. Claramente, quien se evapora en la etapa neoliberal es aquella faceta redistributiva del Estado keynesiano basado en la noción de universalidad y derecho ciudadano. La educación y salud públicas van quedando como servicios degradados para los de menores recursos.

Por otra parte, un nuevo fenómeno social ocurre. La economía clásica tenía dificultad para explicar la “stagflation”. En otras palabras, la combinación de recesión e inflación no figuraba en los textos de la macroeconomía. Los momentos recesivos se asociaban a la deflación mientras que solo la fase ascendente del ciclo podía contener tendencias inflacionarias. En la nueva etapa se produce otra paradoja: el crecimiento económico, otrora antídoto contra el desempleo, se asocia ahora con su aumento.

De hecho, la economía ha registrado en muchos países en los últimos tiempos tanto un aumento de la producción como un incremento en los niveles de desempleo. El Informe sobre Desarrollo Humano de las Naciones Unidas indica que en el periodo 1973-1987 el nivel de empleo cayó en Francia, Alemania e Inglaterra a pesar de que registraran

crecimiento económico (PNUD 1993: p 42). En el mismo sentido, un estudio de la Comisión Europea afirma que entre 1975 y 1995, mientras el volumen de la riqueza producida en los países miembros aumentó el 80%, el empleo total solo se incrementó el 9% (COMISION EUROPEA 1995).

Sin duda el reemplazo de mano de obra por capital y el aumento de la productividad como consecuencia del progreso tecnológico no son fenómenos nuevos en las sociedades capitalistas pero nunca como antes, el conocimiento había sido un determinante tan fundamental para acceder al sector moderno de la economía.

Ahora bien, difícilmente los que quedan fuera puedan ser definidos como ejército de reserva, según el concepto elaborado por Marx y Engels, según el cual la porción de la fuerza de trabajo que no es utilizada cumple la función de presionar sobre el nivel de salarios de los activos y sobre el poder de negociación de los sindicatos. No se trata ya de desempleados esperando la oportunidad de reemplazar a trabajadores, todos ellos sin mayor calificación y por lo tanto intercambiables. Más bien comienza a delinearse una situación donde los desempleados y subempleados, en su inmensa mayoría personas sin mayor capacitación, tienen cada vez menos oportunidades de reemplazar a trabajadores de creciente nivel educativo y quedan irremediamente condenados a la marginalidad en el sistema productivo moderno; no constituyen ya un ejército de reserva sino población excedente. Robert Malthus reemplaza a Carlos Marx.

Obviamente no me refiero a población excedente en el sentido malthusiano (el incremento poblacional tiende a superar la producción de alimentos) ; no se trata de población que no puede ser alimentada. Se trata más bien de población excedente para ser utilizada productivamente en el moderno sistema productivo y a diferencia de la etapa keynesiana, sin ninguna perspectiva de serlo. Podrán garantizar su alimento a través de ingresos generados en las margenes del sistema productivo o traves de la asistencia estatal o privada, pero seran irrelevantes como productores o consumidores en la nueva sociedad.

¿Cual puede ser el efecto de este fenómeno sobre la vida social y política?

La organización de los trabajadores desde el siglo XIX contó con algunas condiciones favorables. En la fábrica o el taller los, hasta no mucho antes, campesinos encontraban instancias que daban oportunidad al surgimiento de expresiones sindicales primero, políticas después. La solidaridad y labor desarrolladas fueron factores que erosionaron a la represión como técnica exclusiva para lidiar con el conflicto social y comenzaron a aparecer tanto los derechos políticos (por ejemplo, el sufragio universal) como sociales representados por el derecho a la asociación gremial, a mejores condiciones de trabajo, etc. Este proceso preparó el terreno sobre el que se edificó el estado keynesiano y que permitió en el periodo posterior a la segunda posguerra, tanto la paz social como el florecimiento económico en un contexto de pleno empleo.

La actual población marginada del sector moderno y sin esperanzas de ingresar a él, no posee las instancias de acción colectiva que cuentan los trabajadores del sector formal; son básicamente cuentapropistas en actividades de muy baja productividad y en competencia con sus pares para asegurar la sobrevivencia o personajes del trabajo asalariado precario y este no es el contexto más apropiado para el surgimiento de acción colectiva. Ocupan en el siglo XXI el lugar de los campesinos del siglo XIX pero la diferencia es importante: mientras aquel capitalismo los atraía, este los devuelve a los márgenes de la sociedad.

Inclusive en las sociedades más avanzadas solo una parte relativamente pequeña de la fuerza de trabajo podrá ser totalmente integrada en el corazón del moderno sistema productivo; estos son los trabajadores de alto nivel educativo cuya característica básica es la capacidad de plantear y resolver una gran diversidad de problemas: los “analistas simbólicos” (REICH 1993).

Por ejemplo si se observa como se distribuye la población trabajadora mundial por sector de actividad encontramos que casi la mitad (48%) se aboca a la agricultura; la otra mitad se reparte entre la industria (17%) y los servicios (35%). Pero en los países industrializados, la porción de la fuerza de trabajo dedicada a la agricultura y la industria se ha ido reduciendo en los últimos treinta años y se encuentra en el orden del 7% y 26% respectivamente. En otros términos, un tercio de los trabajadores de estos países producen bienes; el resto están insertados en el heterogeneo mundo de los servicios (OIT 1995: p33)

Pero si bien esto podrán vivir de su trabajo las diferencias de posibilidades de todo tipo incluyendo las referidas a los niveles de ingreso se agigantarán. De esta forma la exclusión en estas sociedades adquiere una connotación especial; no se trata de una exclusión a formas elementales de vida humana como en las sociedades periféricas. Se trata de exclusión a las inmensas posibilidades del nuevo mundo.

La relación clases medias-clases populares también está sujeta a un cambio sustancial. En la sociedad keynesiana, las clases medias en general eran favorables a la mayor expresión política de sectores populares y esto operaba en el contexto de un mundo que parecía evolucionar hacia mayor democracia, igualdad y extensión de todo tipo de derechos. El incremento de la violencia delincinencial que tiene como protagonistas a los más desafortunados de la nueva sociedad en gestión ha ido provocando una ruptura entre estos sectores sociales. La proximidad y la cercanía del delito empezó a provocar reacción de los sectores medios y la aparición de formas más o menos explícitas de clasismo, racismo y xenofobia. Por esta razón, es poco probable que algún sector de la clase media pueda convertirse en la fuerza que impulse una cruzada contra la pobreza y la exclusión como desearía O'Donnell (O'DONNELL 1997: cap12)

Esta ruptura entre sectores sociales permite que comiencen a delinearse comportamientos que podrían ser definidos como incipientemente genocidas. Lo que sucede en Rio de Janeiro o San Pablo con la contratación de escuadrones de la muerte por parte de comerciantes con la consigna de “limpiar las calles de la ciudad” es quizás la expresión más clara de este proceso en gestación que adquiere matices menos dramáticos pero no menos preocupantes de rechazo hacia los más pobres por parte del mundo desarrollado especialmente si vienen de otras sociedades nacionales

Si los argumentos anteriores son correctos, están dadas las bases para un escenario caracterizado por la coexistencia de una ciudad blanca y otra negra. Esta, cual inmenso zoológico ocupado por los viejos y nuevos marginales, deberá ser acordonada para que no perturbe, moleste o asuste a la ciudad blanca y sus habitantes solo podrán recurrir a episódicas explosiones de violencia más o menos trágicas para ellos mismos frente a las modernas técnicas de represión.

Esta dualidad tiene enorme importancia para entender la lógica de desarrollo de la demanda por derechos civiles, políticos y sociales. En la tradición occidental, las sociedades han avanzado progresivamente en la conquista de nuevos derechos civiles, políticos y sociales (BENDIX 1977). De ahora en más, es probable que se asista por un lado a un importante avance en la demanda e implementación de derechos relativamente sofisticados por parte de quienes pertenecen a la sociedad de incluidos. Extensión de derechos para la mujer, el niño o el adolescente, derecho a la preservación del medio ambiente, a la calidad del agua o del aire, o mayor respeto a los derechos de las minorías sexuales. Por el otro lado, existirá con certeza una reducción en el derecho a acceder a servicios de salud, educación, vivienda e inclusive el elemental derecho a alimentarse por parte de quienes quedan excluidos. En síntesis, mientras se produce un importante avance y sofisticación en los derechos de algunos, para otros se esfuman los derechos (algunos elementales), que fueron otorgados o prometidos durante la etapa keynesiana.

Por último, ya no es relevante preocuparse de incorporar a esta población excedente al consumo siguiendo una lógica keynesiana. De facto, los sectores más pobres son irrelevantes en términos de la porción del ingreso que disponen. Baste como ejemplo indicar que mientras el 20% más pobre de la población mundial posee solo el 1,4% del ingreso mundial, el 20% más rico se apropia del 85% de dicho ingreso. Dicho más brutalmente, 358 personas tienen activos que superan el ingreso anual combinado de países donde vive el 45% de la población mundial (PNUD 1996)

Pero además también se ha producido un fenómeno que los vuelve insignificantes para el mundo moderno. De acuerdo a Reich se ha producido una transición de una producción orientada al volumen a otra que apunta al valor. En consecuencia no se trata ya de productos relativamente simples como aquellos a cuyo consumo había que integrar a los excluidos en la segunda posguerra, sino de bienes cada vez más valiosos

capaces de ser crecientemente consumidos por quienes concentran el grueso del ingreso social. Esto reforzaría la insignificancia desde el punto de vista de la capacidad de consumo de quienes estan al margen de la sociedad moderna.

Sin lugar a duda estos fenómenos obligan a replantear la vigencia y viabilidad de valores. Libertad e igualdad han sido dos valores centrales en la filosofía política; mientras el liberalismo direccionó su prédica y acción en garantizar el primero, el socialismo hizo centro en el segundo. En el contexto en el que probablemente nos desenvolveremos es posible pensar en avances en términos de libertad y participación al menos para una parte de la sociedad. Pero difícilmente podrá pensarse en avances en materia de igualdad. Hasta hoy se asumió que las diferencias sociales eran productos del desigual acceso a la propiedad o al control de los medios de producción. Por lo tanto, medidas de tipo política podían, via expropiación y distribución, igualar a los miembros de una sociedad. Pero en la medida que las desigualdades se apoyan crecientemente en la apropiación de conocimientos y habilidades, no es posible pensar que la igualación pueda ser operada desde algun centro de poder. Para ello no solo habría que redistribuir riqueza, sino que habría que reprimir todo aquello que fuera expresión del mayor capital simbólico de ciertos miembros de la sociedad.

Por esta razón, si bien es mucho lo que puede hacerse para que los sectores mas desaventajados de la sociedad accedan a niveles de vida considerados humanos, será cada vez más difícil que disminuyan las distancias que los separan de quienes estan utilizando a pleno su capital simbólico. El ritmo de avance de estos será siempre mayor que el de aquellos, contribuyendo a potenciar las desigualdades.

### **III. LAS TRANSFORMACIONES EN LA SOCIEDAD ARGENTINA**

El proceso que hemos delineado en los apartados anteriores puede ser ilustrado en el caso argentino ya que tambien atravesó las etapas liberal y keynesiana para desembocar en la transición al neoliberalismo.

El comienzo de la etapa liberal puede asociarse a la vigencia a partir de fines del siglo XIX del proyecto de la denominada Generación del Ochenta que aun cuando no tuviera un basamento industrial sino agrario, adoptó el credo liberal. Pero esto fue fundamentalmente en lo económico ya que conservadorismo, militarismo y autoritarismo fueron en lo político, notas dominantes de ese proyecto generacional. Tambien la beneficencia y posteriormente un seguro social promovido por la elite gobernante para amortiguar el conflicto social protagonizado por fuerzas sociales que respondían al anarquismo, al anarco-sindicalismo o al socialismo revolucionario, fueron características de la acción estatal en el campo redistributivo.

La Gran Depresión y su impacto en el país operó para una mayor de intervención estatal a cargo de las propias elites conservadoras. Se sentaba así también las bases para el keynesianismo local surgido en la posguerra y que tuvo en el peronismo su principal aunque no única expresión. El desarrollo de la acción del Estado en la economía por vía de la nacionalización o estatización de empresas, la creación de nuevas empresas estatales, la instalación de nuevos y más vastos marcos regulatorios y el sostenimiento y contribución a políticas de pleno empleo, entre ellas, el crecimiento de la burocracia estatal, fueron notas principales.

También en el campo redistributivo la Argentina se colocaba a tono con el modelo europeo a través de esbozar en el campo de la salud un enfoque enraizado en la noción de seguridad social: esto es, la creación de infraestructura pública a partir de recursos impositivos para proveer servicios en forma gratuita a la población. No obstante este enfoque no pudo consolidarse y Argentina se mantuvo en la diada seguro social para trabajadores que contribuyen y asistencia social para los pobres. El universalismo al que aspiraba la seguridad social “beveridgiana” no tuvo posibilidades de ser implementado.

En verdad ya a mediados de la década del cincuenta el modelo keynesiano mostraba sus limitaciones a través de la inflación y surgían los primeros intentos de volver a una economía liberal. El golpe militar de 1976 fue el más claro intento de acabar con el estatismo económico para terminar, en el balance, convertido en el gobierno más estatista de la historia argentina.

La Argentina sufrió, al igual que muchas naciones latinoamericanas, una aguda crisis económica-social durante la década del 80. Las consecuencias de esta crisis y de las políticas aplicadas para revertirla se tradujeron en caídas significativas en la producción asociadas a agudos procesos inflacionarios, caída salarial y aumento del desempleo y de la pobreza. Solo la crisis de los ochenta, creó las bases para la aceptación social del desmantelamiento del keynesianismo, proceso que se cumplió con una sorpresiva aceleración a partir de los 90, sin la resistencia que otros tiempos hubiera podido imaginarse para un profundo proceso de cambio social y económico.

Desde los comienzos de esta década, el país está asistiendo a un espectacular cambio en el modelo de crecimiento y distribución iniciado en la segunda posguerra. Así, se privatizaron las empresas públicas más importantes y se desregularon amplias zonas de actividad económica. También se produjo un proceso de apertura de la economía y se restablecieron los equilibrios macroeconómicos a través de un severo proceso de ajuste. Por ejemplo y de acuerdo a la CEPAL, en el periodo 1990-1995 en Argentina se privatizaron 121 empresas (CEPAL, 1995: 17).

Algunos efectos económicos de este rápido y profundo cambio fueron notables. Las transformaciones producidas arrojaron frutos en términos de aumento de la

producción y de la productividad, mayor estabilidad de precios e ingresos de capitales.

La drástica disminución de la inflación después de décadas inflacionarias e inmediatamente después de una serie de episodios hiperinflacionarios, provocó importantes mudanzas en los comportamientos empresarios. Mientras en el pasado, los mayores costos en una economía cerrada, eran sistemáticamente traspasados a los precios de los productos y de los servicios, la experiencia de estabilidad monetaria en un contexto de apertura de la economía implicó una severa limitación a la posibilidad de transferir mayores costos a precios o aspirar a mayores ganancias. Por un lado se promovía la competencia y por el otro, el mayor conocimiento de precios que posibilitaba la estabilidad tornaba difícil la remarcación de precios.

De esta manera los empresarios se confrontaban, por primera vez en un largo tiempo, con una imperiosa necesidad de reducir costos y enfrentar así la competencia interna y externa. La necesidad de eficiencia y buen gerenciamiento se instalaba en la cultura empresaria ya sea como estrategia de avance o de sobrevivencia. Este proceso crea así las bases para mejoras en la eficiencia e impulsa al avance de la calidad en bienes y servicios.

Como se torna obligatorio la reducción de costos, uno de los costos a reducir es la mano de obra. También aquí se produce un cambio en el comportamiento empresario. En vez de dar respuesta a los reclamos sindicales y de trabajadores para luego transferir a precios los mayores costos de esto derivado, comienza un fuerte proceso de reducción de las plantas de personal y comienza a percibirse que en la economía argentina hasta ese momento “sobraba mucha gente”. Los avances en la productividad se complementan con un fuerte aumento del desempleo y así como en los 70 surge la “estagflation”, en los 90 se combinan lo que hasta hacía poco no eran teóricamente compatibles, esto es el crecimiento conjunto del producto y del desempleo.

De cualquier forma, son las variables sociales las que exhiben la tendencia más negativa. Se han profundizado los problemas de la década pasada en términos de empleo, caída salarial, regresividad en la distribución del ingreso y exclusión de un sector adicional de la población de los beneficios del gasto social y estos factores son fundamentales para explicar que la pobreza se mantenga en niveles elevados y la más nítida configuración de una estructura social dual.

Argentina, a inicios de los ochenta poseía un 11% de hogares debajo de la línea de pobreza; luego de alcanzar más del 30% en 1990 como consecuencia de los picos hiperinflacionarios de 1989 y 1990, descendió a niveles próximos al 20% en 1992. Sin embargo, de acuerdo a información del Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia (UNICEF) desde esa fecha no ha cesado de aumentar hasta superar el 24%

en octubre de 1996 (UNICEF Argentina, 1998). Por otra parte, los indigentes o aquellos cuyos ingresos no alcanzan ni siquiera para cubrir las necesidades alimentarias, también exhiben una tendencia al crecimiento: del 2,2% en 1992 pasan a constituir el 5,4% en 1996. Por último, en 1996, más de la mitad de la población (56%) poseía ingresos inferiores al valor de la línea de pobreza multiplicada por dos; dicho de otra manera, este alto porcentaje de la población está en la pobreza o no muy lejos de ella.

El problema del desempleo se ha convertido en un tema central en una sociedad que se acostumbró a coexistir con una situación de virtual pleno empleo desde la década de 1940. En los últimos años como consecuencia de los profundos cambios en la estructura de producción y distribución, el desempleo se ha acrecentado dramáticamente alcanzado en 1995, de acuerdo a las cifras del INDEC, a casi el 19% de la PEA. Paradójicamente, el creciente desempleo contrasta con un notable aumento de la producción que alcanzó al 35% en el periodo 1991-94, una de las tasas más altas del mundo. Pero el desempleo no es el único problema de empleo que padece la sociedad. Además se encuentra el subempleo visible y disfrazado que eleva el número de los argentinos con problemas de empleo a alrededor 50% de la fuerza de trabajo.

Los pobres es un grupo de población especialmente castigado por problemas de empleo ya que existe una clara asociación positiva entre desempleo y pobreza. Mientras la tasa de desempleo entre el 10% más pobre de acuerdo a la distribución del ingreso familiar per cápita se ubicaba en el 30% en 1992, la tasa correspondiente al 20% más rico caía abruptamente al 1%. (CEPAL 1995b:25)

Comparando los comienzos de los noventa con los de los ochenta el gasto público total cayó del 33% al 25% del PIB; por el contrario, el gasto social se incrementó: mientras en 1980 alcanzaba al 16% del PBI, en 1994 equivalía al 18% (BARBEITO 1996). Pero más allá de la existencia de la rigidez demostrada por el gasto social para aceptar reducciones, el análisis de su composición sectorial permite concluir que el gasto se concentra fundamentalmente en el sistema de pensiones. Efectivamente, el sistema previsional alcanzaba en 1994 a casi el 7% del PBI. Además de los dos puntos de PBI en el que se incrementó el gasto social en el periodo señalado más de la mitad correspondió al gasto en jubilaciones y pensiones.

De esta manera el gasto social muestra su iniquidad al aumentar más significativamente en un sector que posee alta regresividad como el sistema de pensiones. El gasto en asistencia social, que suele alcanzar a quienes la seguridad social excluye por tratarse de sectores de población de bajos ingresos insertos en el mercado informal de trabajo, experimentó un incremento en el periodo (0,6% al 0,7% del PBI) pero cayó su participación en el gasto social total. En otras palabras,



disminuyó el porcentaje de recursos destinados a los segmentos más pobres, en crecimiento, y caracterizados por una menor capacidad organizativa y por ende con menores posibilidades de presionar exitosamente sobre la distribución de los recursos públicos.

También se ha producido una sustancial reducción en la cobertura de los mecanismos de protección social. Por ejemplo, es dramática la caída en el porcentaje poblacional que contribuye al recientemente reformulado sistema jubilatorio: menos de la mitad de los trabajadores obligados a cotizar lo hacen regularmente y dado que el nuevo sistema es bastante más riguroso que el antiguo en sus requisitos de acceso a beneficios se delinea un panorama donde una porción mayoritaria de trabajadores no tendrán siquiera el acceso a un magro ingreso a partir del momento que abandonen el mercado de trabajo.

El acceso a los esquema de atención médica de la seguridad social ha visto disminuir los trabajadores que a ellas pertenecen. De acuerdo al censo de 1991, antes de que comenzara a sentirse fuertemente el desempleo, el 56% de la población poseía cobertura, cuando en los setenta superaba el 60%. Pero una porción significativa de aquel 56% también pagaba un seguro médico privado. Es decir 9% del total de la población tenía simultáneamente cobertura de obras sociales y pagaba un esquema médico prepago. Como es dable suponer que el grueso de quienes cotizan en forma voluntaria una cobertura médica no utilizan el servicio de su obra social, puede concluirse que menos de la mitad de la población tenía a comienzos de los noventa cobertura de este tipo. El resto de la población sin obra social o seguro médico privado quedaba en condiciones de acudir solo al deteriorado sistema público o simplemente a encontrarse sin ningún tipo de atención médica.

El alto desempleo ha ocasionado otras profundas transformaciones sociales. En primer lugar el surgimiento del temor al desempleo, fenómeno erradicado en la etapa keynesiana. Aquí, el desempleo era ocasional y descansaba en el dicho popular de que en “Argentina no trabaja el que no quiere”. El alto desempleo modificó la “altivez” del trabajador argentino y el terror a quedar desempleado sin retorno tuvo un poderoso efecto disciplinador, desmovilizador, domesticador. Se acababa así un mundo del trabajo caracterizado por una altísima sensibilidad de los trabajadores respecto a lo que consideraban violaciones de sus derechos y comenzaba otro de sumisión frente a las decisiones de patrones o managers.

Entre quienes cayeron en el abismo del desempleo prolongado surgió la crisis de identidad de quien ya no puede expresarse a través de su trabajo y la pérdida de autoestima (GALLI Y MALFE, 1966); el devastador efecto de la pérdida de ingresos y ahorros y su impacto sobre el grupo familiar provoca que el maltrato, el alcoholismo, la adicción y hasta el suicidio comiencen a ser hechos de extensión significativa. Por ejemplo, el total de muertes violentas afectando menores de 20 años

se incrementó de 629 casos en 1985 a 976 casos en 1990 y 1183 en 1993; algo similar sucede con los suicidios de adolescentes y jóvenes: entre 1985 y 1993 los suicidios entre varones de 14 a 19 años se incrementaron de 53 a 94 casos. (Programa Nacional de Estadísticas de Salud).

Pero además la falta de empleo o ingresos terminó actuando como detonante de una fuerte expansión del delito y la violencia. Lo que no podía ser obtenido por el trabajo, comenzó a ser conseguido por la fuerza y esto empezó a modificar sustancialmente la forma de convivencia en las grandes ciudades. Quedó atrás la noción de ciudades donde la vida nocturna se prolongaba hasta el alba. Las ciudades comenzaron a despoblarse en horarios tempranos y los pequeños actos de violencia comenzaron a multiplicarse aún de día. La evolución hacia formas delictivas más violentas también es característica de la transición.

Al escenario futuro delineado en el apartado anterior, la Argentina debe sumar otros problemas que torna preocupante las perspectivas para una vida civilizada. Durkheim sostenía que los problemas de anomia tenían vigencia en periodos transicionales donde el orden normativo del viejo orden social había perdido vigencia y aun no cobraba forma definitiva el nuevo orden social. A este fenómeno debe agregarse la ya acendrada conducta transgresora y de escaso nivel de civilidad exhibido por la sociedad argentina (NINO 1993) (ISUANI 1996).

Un factor importante en la escalada de violencia fue la participación que le cabe a los jóvenes y adolescente. Partiendo de la información que un porcentaje significativo (25% de quienes están en la franja de edad 14-17 años) de jóvenes se encuentran fuera de la escuela y simultáneamente del mercado de trabajo y esto especialmente en los sectores de bajos ingresos, es fácil entender la explosión de violencia involucrando jóvenes como actores y víctimas. La falta de sentido y perspectivas genera aun en mayor medida que los adultos un sentimiento de alienación que se traduce en hedonismo y consumismo para lo que cualquier camino que lo hagan posible es válido.

La situación social que se está configurando es un poderoso factor generador de violencia que se expresa en crecientes niveles de inseguridad en la periferia de las grandes ciudades, significando un deterioro notable en los niveles de integración social. En otros términos la conjunción de una estructura social con amplios sectores de exclusión estructural de naturaleza urbana y una conducta anómica “democratizada”, esto es afectando a una parte muy significativa de la población, creó las condiciones para una sociedad violenta y conflictiva, una sociedad con bajísimos niveles de integración social.

Otros cambios importantes se han dado en el terreno de los actores sociales y de la política.

La Argentina de la posguerra fue denominada una sociedad corporativa para expresar el escaso papel que tuvieron los partidos políticos en la tarea de articulación y mediación de intereses y el decisivo peso que en su lugar tuvieron las corporaciones de empresarios, sindicalistas y militares.

Los sindicalistas dejaron en poco tiempo de tener el enorme poder del que dispusieron en aquella etapa. Sin duda, la aplicación de las estrategias liberales que tomó a los sindicalista por sorpresa por provenir de una fuerza como el peronismo que se suponía su antítesis, no les dió posibilidades de mayor resistencia y asistieron impávidos y maniatados a como se privatizaban empresas públicas y se recortaban las prerrogativas que la legislación otorgaba a sus miembros.

También los militares se encontraron en poco tiempo desprovistos del poder pretoriano que ejercieron por décadas a través de quebrar las reglas de juego institucionales para asumir el poder político o para presionar sistemáticamente a los gobiernos surgidos de procesos electorales. Sin duda, la derrota de Malvinas recortó fuertemente su legitimidad y capacidad de acción, pero ello no resulta suficiente razón para la rapidez con la que quedaron al margen de las grandes decisiones. Solo la fuerte mudanza en la correlación de fuerzas que permitió amplia libertad de acción a los sectores de mayor poder económico y por primera vez en un contexto democrático, puede ayudar a explicar dicho proceso.

La política experimentó también un cambio fenomenal. El peronismo, fenómeno surgido en los comienzos del ciclo keynesiano sufrió una profunda transformación ya que más allá del mantenimiento de ciertos símbolos de su tradición, terminó adoptando el modelo desarrollo que representaba su antítesis. El peronismo fue keynesiano y súbitamente derivaba en neoliberal. Sin duda, los efectos de este gran cambio están todavía en curso pero podría hipotetizarse que aquel peronismo desapareció aun cuando subsistan ciertos rituales. Mas aun, el nuevo peronismo o menemismo intentó forjar una nueva alianza social compuesta de los extremos de la escala de estratificación del ingreso que aun cuando novedosa y desconcertante tuvo sus orígenes en los benéficos efectos que genera un plan de estabilización, luego de un proceso hiperinflacionario, en todos los estratos de la población. Está aún por verse cual será el futuro de esta convergencia electoral una vez que la estabilidad es asumida como dato y sus primeros gratos momentos dejan lugar a la dureza que exhibe el mercado de trabajo. Las elecciones legislativas de 1997 pueden estar indicando un realineamiento político de diferentes sectores sociales.

Por otro lado, unos pocos años de democracia fueron suficientes para quitarle el carácter épico que tenía cada elección surgida de un prolongado periodo militar. Las campañas se fueron haciendo cada vez más cortas al mismo ritmo que crecía la apatía del electorado y se desarrolla un fuerte proceso de desmovilización donde desaparecían

los multitudinarios actos partidarios y la arena política se desplazaba de manera acelerada y brutal hacia los medios de comunicación y especialmente la televisión. Los candidatos debían rogar y agradecer el favor de que les fuera permitido aparecer en las pantallas televisivas aún para asumir algún papel en un programa cómico o de entretenimiento. Para darse a conocer, solo la televisión.

Sin duda, entre las dificultades de la democracia para resolver los problemas económicos en una primera instancia y la diseminación en la conciencia pública de la extensión de la corrupción y la declinante representatividad y legitimidad de los partidos políticos y varias otras instituciones, la política se vació de sus antiguos actores y se desplazó a la arena electrónica.

#### **IV. PARA UNA SOCIEDAD MÁS JUSTA Y DEMOCRÁTICA**

La etapa histórica frente a nosotros abre extraordinarias nuevas oportunidades. La combinación entre globalización, esto es, percibir al mundo entero como “nuestro” territorio y el conocimiento como pilar fundamental del proceso productivo, ensancha enormemente los límites dentro de los cuales puede desplegarse la capacidad de crear e innovar. Paralelamente, un conjunto de desafíos a la vida civilizada emergen poderosos.

La respuesta a los enormes desafíos que plantea la exclusión estructural que caracteriza a la nueva etapa histórica no pueden ser resueltos con una estrategia que pase principalmente por focalizar asistencia a los más pobres o utilizar incentivos para el trabajo como aquellos sugeridos por la denominada flexibilización laboral. Esta concepción de la problemática social asociada al pensamiento neoliberal no puede resolver los problemas de desintegración social. Tampoco le preocupa demasiado ya que en última instancia aprueba que la represión sea el instrumento para frenar los procesos desintegradores.

Para un enfoque alternativo el aumento de la pobreza y el desempleo constituyen una amenaza a la vida civilizada, por lo que la preocupación pasa no por la asistencia sino por reintegrar al excluido; por ello reinserción, integración y cohesión aparecen como conceptos directrices de las políticas públicas. Así, mientras en este enfoque, la cohesión social es percibida como fundamental para el bienestar económico y social y la política social es pensada como un instrumento de ingeniería social para asegurar bienestar colectivo, en el primero los logros económicos adquieren prioridad sobre la cohesión social, y la política social se percibe como acción compensatoria destinada a moderar los efectos de la dinámica económica (EVANS y Otros 1995).

Mi perspectiva adhiere al segundo enfoque y parte por reconocer que para enfrentar los desafíos derivados del desempleo, pobreza y exclusión crecientes es necesario realizar un arduo trabajo en varios frentes.

En primer término repensar la cuestión fiscal. No es secreto para nadie la regresividad de nuestro sistema tributario y del margen que existe para avanzar en el combate a la evasión y en el incremento de tributos que graven el ingreso y la riqueza. Estamos aun lejos de alcanzar la relación gasto público-producto interno bruto de los países desarrollados y del gasto público social que ellos administran (BOCCO 1997)

No será posible pensar una sociedad más integrada sino se logra un Estado con capacidad efectiva de regulación. Hasta ahora lo que se ha denominado reforma del Estado no ha sido mucho mas que una “poda” del mismo operada a través de los procesos de privatización. Es tiempo ya de una reforma que le otorgue capacidad de fiscalización (fortalecimiento de los organismos reguladores) y sanción del delito (la reforma judicial).

Por otra parte, si bien no es posible pensar políticas de pleno empleo basadas en el crecimiento del empleo público, esto no significa que el Estado no deba jugar un papel muy activo en el diseño e implementación de políticas que incentiven la generación de empleo e ingreso en la sociedad civil.

La mejora en los sistemas de representación social y política también es una tarea esencial para una sociedad cohesionada. El divorcio entre dirigentes y bases es un poderoso factor detrás de los procesos de desintegración social y la ejemplaridad de los primeros es esencial para reducir la distancia que los separa de la población. Además nuevas formas de acción política que vinculen a las organizaciones sociales y a los partidos políticos con necesidades y problemas percibidos como importantes por la población, son caminos insoslayables para incrementar la representatividad de las organizaciones y dirigentes sociales y políticos. La adhesión a organizaciones y dirigentes basadas en prácticas clientelares parece ir perdiendo fuerza paulatinamente.

Sin duda también es necesario plantear cambios importantes en los sistemas “densos” de la política social como la educación, la atención a la salud o el régimen jubilatorio, entre otros puntos centrales.

La centralidad que el conocimiento posee en el mundo moderno plantea prolongar el periodo de escolarización y renovar profundamente objetivos y procedimientos. Una sociedad que renuncie a que su población haya completado, al menos, el ciclo secundario, no puede pensar seriamente en insertarse en el mundo global y menos, sacar provecho de ello. Pero no servirá de mucho extender la escolarización sino se hace un apuesta muy fuerte al aumento de la calidad. La educación argentina no está a la altura de los desafíos: sigue con técnicas y contenidos en buena parte obsoletos y

transmite información “enlatada” antes que capacidades para adquirir conocimientos, única herramienta para enfrentar contextos de cambio acelerado con son los actuales.

Ciertamente una atención especial debe ser dispensada a la universidad y el sistema científico-tecnológico. No admite duda la necesidad de asignar mas recursos a este sector estrategico de la vida social pero al mismo tiempo deben introducirse profundas reformas que modifiquen estructuras y practicas que atentan contra la exigencia y autoexigencia para una producción de calidad.

En el campo de la salud, la atomización de los diversos subsistemas y el despilfarro de los costosos recursos para la atención médica que caracteriza a varios sectores del sistema es un mal que se arrastra desde hace décadas. Consultas, exámenes y hasta intervenciones quirurgicas innecesarias afectan a una parte del sistema con sus efectos iatrogénicos mientras por el otro lado, existe la ausencia de medios elementales, descuido del paciente y mala praxis. De esta forma el gasto en salud, significativamente superior al de otros países latinoamericanos coexiste con indicadores de salud inferiores a los de aquellos. Quizás ha llegado el momento de repensar y simplificar el sistema a dos sectores. Por un lado un esquema de salud publica mas preventivo, con mayores recursos y mejor gerenciamiento y un sector privado al que acudan voluntariamente quienes lo deseen. Efectivamente creo que ha llegado la hora de cerrar la vigencia de las obras sociales y de todo esquema publico o privado compulsorio, base misma de ineficiencia y corrupción.

Un tema de particular importancia es la salud reproductiva. No estamos en la clásica situación malthusiana donde el crecimiento poblacional de los sectores pobres conduzca a la hambruna. Mas bien conduce a la exclusión y la refuerza. Pero el escenario que se abre frente a nosotros modifica radicalmente la visión tradicional que la fuerza de las naciones reside en el volumen de su población. No es ya el volumen, sino la calidad , entendida como el nivel de calificación alcanzado, el que determina hoy esa fuerza.

Por esta razón no es ya admisible que los nuevos humanos sean fruto no de la intencionalidad de sus padres sino de la ignorancia. La reproducción fortuita en sectores que no estan en condiciones de brindar mínimas condiciones de desarrollo a sus vástagos pueden ser calificado de potencialmente genocida. No informar, no permitir que los medios para evitar la concepción esten al alcance de quienes lo desean es absolutamente inadmisibile a esta altura de los tiempos. Las consecuencia de esto es la extensión en los sectores pobres de la mortalidad materna causada en gran medida por el aborto o el crecimiento del embarazo adolescente que suele convertirse en drama, ya sea por colocar a la adolescente frente al aborto o a hacerse cargo de una vida para la cual no suele estar preparada.

El sistema previsional mixto que surgió de la reforma de 1994 ha visto reducir la cobertura a menos de la mitad de los trabajadores. Esto arroja un panorama sombrío para quienes no puedan reunir los requisitos que exige para acceder a los beneficios. Quizas será necesario repensar el sistema mixto pero con una estructura diferente. Un base pública obligatoria con beneficios de mayor monto que los actuales y de la misma manera que en el caso de la salud, un sistema complementario público o privado sobre bases voluntarias.

Tambien es preciso rediseñar la política habitacional, alimentaria o de saneamiento ambiental. Ahora bien, en el marco descrito en los apartados anteriores, el riesgo de desintegración y fragmentación social exige con urgencia en la coyuntura, acciones elementales de política pública. Una sociedad que aspira a no verse presa de un proceso de desintegración social debería realizar esfuerzos inmediatos en algunas iniciativas básicas del tipo que proponemos para el debate a continuación: la construcción de una red de protección social y el aumento de la escolarización y cobertura educativa.

### **A. Red de Protección Social**

Sin duda una primera responsabilidad de la sociedad con quienes se hallan inmersos en una situación de marginación estructural, pasa por satisfacer un nivel básico de necesidades. Esto puede realizarse por medio de brindar bienes y servicios o por vía de garantizar un ingreso básico para que el individuo o la familia acceda a un consumo mínimo.

Los programas que intentan ofrecer servicios o ingresos a los pobres a través de estrategias de focalización tienen grandes desventajas como por ejemplo la imposibilidad de brindar más que servicios pobres y el uso clientelístico de estos recursos. Efectivamente los servicios focalizados no estan en condiciones de brindar calidad por que serían pasible de la demanda de los sectores sociales más organizados y esta presión no es facilmente contrarrestable. En consecuencia, los servicios no deben ser “deseados” por otros sectores y la forma de cumplir tal requisito es que sea de baja calidad.

Además y fundamentalmente la focalización presenta escasa viabilidad: los excluidos no tienen capacidad de demanda y presión y los recursos a ellos teóricamente asignados suelen terminar en manos de otros mas hábiles y organizados. Por otra parte y aun aceptando estas limitaciones, la focalización es posible de implementar con cierta facilidad en sociedades donde la exclusión atañe a un pequeño porcentaje de la población, pero se torna muy difícil donde dicha exclusión es grande o en mercados de trabajo con alta informalidad. Y ello debido tanto al costo económico como a la inmensa dificultad en determinar los beneficiarios ya que se necesita un

impresionante dispositivo burocrático para asegurar que el ingreso o los servicios lleguen a personas que no tienen otro recurso (ISUANI 1992)

Una cierta corriente europea plantea hoy la necesidad de un ingreso ciudadano como forma de resolver un mínimo de consumo. (Van PARIJS 1995) La idea es atractiva pero presenta algunos inconvenientes:

a. Si se realiza focalizadamente tiene los inconvenientes planteados anteriormente y si se opta por un esquema universal se torna inequitativo hasta el ridículo porque obviamente no tiene sentido proveer de un ingreso a aquellos sectores que poseen ingresos adecuados, simplemente para evitar las dificultades de la focalización. El costo termina siendo enorme de cualquier manera.

b. En la medida que la falta de empleo se vuelve estructural y no coyuntural, el ingreso ciudadano adquiere las características de un programa de sobrevivencia pero con escasa capacidad de trascender a la esfera del trabajo. Es decir, el ingreso sin perspectiva de identidad vía el trabajo, se transforma en una forma denigrante de existencia. (ROSANVALLON 1995) De esta manera es preferible otorgar un subsidio teniendo como contrapartida el trabajo aun de escasa productividad, y preferiblemente acompañado por el requisito y la posibilidad de capacitarse y así crear condiciones de desarrollo de individuos y familias y no descansar solo en garantizar sobrevivencia a partir de un “enfoque zoológico”.

c. No es posible minimizar en esta propuesta el riesgo de discriminación que implica ya que no es posible pensar en otorgar un ingreso sobre bases universales sin, simultáneamente, cerrar el acceso al territorio donde se aplica de los pobres de otras sociedades atraídos por la posibilidad de obtener un ingreso por el solo hecho de habitar la “tierra prometida”.

Una variante de esta propuesta es asociar el ingreso a la infancia, entregando a la familia un monto fijo por hijo. Además de tener los problemas indicados con anterioridad esta propuesta tiene un enorme potencial de tornarse pronatalista en los sectores de bajos ingresos. En otras palabras, solo familias pobres pueden verse tentada a incrementar ingresos vía la expansión del núcleo familiar.

Ante este dilema de cómo resolver la cuestión de lograr que todo núcleo familiar cuente con un ingreso básico. Mi propuesta es la siguiente:

Sin lugar a dudas en el desempleo se revela la mayor vulnerabilidad social, pero hay un subconjunto dentro de los desempleados que es el que se encuentra en la situación más crítica. Ellos son los jefes de familia con hijos pequeños. Estos sin embargo son un porcentaje relativamente minoritario de los desempleados. Tomando en cuenta los jefes de familias desocupados por un periodo mayor de dos meses y con hijos



menores de 16 años, un estudio estimaba que en el Gran Buenos Aires su magnitud alcanzaba en mayo de 1996 a casi ochenta mil personas, representando esto un 8,6% del total de desempleados (MONZA 1998). Tomando como ejemplo un ingreso promedio por jefe de hogar (podría variar de acuerdo a carga familiar) de 250 pesos mensuales, un programa de esta naturaleza tendría un costo de equivale a \$240 millones anuales o menos del 0,1% del PBI.

Claro está que este ingreso estaría sujeto a una contraprestación ya sea de trabajo o de capacitación y los beneficiarios podrían ser identificados en manera virtualmente automática, prescindiendo así de una costosa máquina administrativa dedicada a focalizar. La acreditación de jefatura de familia a través de la presentación de documentos o partidas de nacimientos por un lado y la voluntad de trabajar y/o recibir capacitación por la otra, son elementos que automáticamente permiten identificar los beneficiarios de un programa de esta naturaleza.

Con esta acción apuntaríamos a un tema central: ningún hogar con niños estaría privado de un cierto ingreso ganado a través de un contraprestación que incluye trabajo y capacitación

## **B. La extensión del conocimiento**

Nadie duda ya que la mayor educación es la piedra angular de escape de la exclusión. En este horizonte de renovada capacitación y esfuerzo como puerta de entrada a un sistema productivo moderno, solo la masificación y una creciente calidad de la educación puede generar las capacidades necesarias para superar la exclusión vía el acceso al empleo o la generación de capacidades para obtener ingresos mediante el trabajo autónomo.

El convertirse en asalariado y protegido por las redes de la seguridad social parecía ser la promesa final del mundo keynesiano. Al esfumarse esta ilusión queda claro que un porcentaje importante de la población deberá recurrir a estrategias de cuentapropismo, asociaciones productivas informales y pequeños emprendimientos, especialmente en la esfera de los servicios.

La posibilidad de avanzar en el mundo del microempresariado requiere conocimientos y habilidades que exigen mayor preparación de los individuos y los grupos y especialmente de capacidades de plantear y resolver diversos tipos de problemas en contextos diversos. Esto solo puede ser provisto por crecientes niveles educativos. Sin educación un ser humano esta en los tiempos modernos condenado a la marginalidad.

Pero más allá de la centralidad que posee ofrecer una educación de calidad, nos concentraremos ahora en la expansión de la cobertura del sistema.

La profunda transformación económica mundial con ejes productivos cada vez más dependientes de avances científicos y tecnológicos ha extendido las necesidades de la escolarización. El trabajo moderno demanda más y más conocimientos para quienes aspiran a ejercerlo. La demanda de haber transitado por un colegio secundario se impone hoy para funciones que hasta no hace mucho se satisfacían con la primaria completa. Se requiere título universitario para ciertos trabajos que en el pasado ejercía un bachiller y para otros se exige crecientemente la posesión de un posgrado. Se argumenta que poseer mayor educación no garantiza trabajo pero aunque esto sea cierto en casos puntuales, la información disponible en la Comisión Económica para América Latina para los países del Mercosur (CEPAL 1995b) señala que mientras el 20% más pobre tiene una tasa de desempleo que fluctúa entre el 17 % y el 32%, aquellas que corresponden al 20% más rico oscila entre el 1 y el 3%. En las ciencias sociales es sabido que la asociación entre ingreso y educación es muy alta y de este modo aunque el universitario no consiga un trabajo acorde a su profesión terminará consiguiendo otro que requiere menor calificación, empujando al subempleo o desempleo a personas menos educadas que él.

Es claro entonces que la reducción de las oportunidades de empleo y las necesidades de mayor calificación para obtenerlo son dos desafíos de los tiempos modernos sobre los que cada día hay mayor conciencia. Pero las políticas públicas los abordan por separado y este es un camino con baja probabilidad de éxito.

En respuesta a las estrecheces del mercado de trabajo se diseñan programas que generan puestos temporarios o se otorgan diversos tipos de subsidios. Los resultados hasta ahora son pobres. Solo un 10% de los desocupados recibe una prestación por desempleo o se les brinda un trabajo temporario.

En relación a la cuestión educativa todavía el secundario completo es una aspiración lejana. La mitad de los chicos de 14 a 17 años está fuera de la escuela. Y la invitación a cursar el secundario suele chocar, entre otras, con la dificultad de que ellos o sus familias no cuentan con recursos que les posibiliten tener una base económica mínima para estudiar. Como además no consiguen trabajo, uno puede imaginarse lo que significa que estos adolescentes no tengan algo que hacer.

En consecuencia estamos perdiendo dos batallas. Por un lado no desarrollamos políticas capaces de generar actividad económica e ingresos para quienes están fuera del mercado de trabajo ni estamos enfrentando la necesidad de educación que exigen los tiempos modernos. Pero aún cuando tuvieramos la decisión y capacidad para extender un subsidio a todos los desempleados, lo que no sería poco para evitar la amenaza de desintegración social, esto por si solo no resolvería el problema.

Tendríamos gente con menor angustia pero lejana de poder ingresar al mundo moderno por ausencia de capacidades y habilidades necesarias.

La pregunta es entonces ¿por qué no unir educación con trabajo otorgando por un lado un ingreso a muchos que en el país están educados, en condiciones de enseñar y desempleados o desaprovechados, y por el otro a quienes están desempleados y precisan educación e ingresos?

De esta manera desempleados y potenciales docentes hoy desaprovechados podrían disponer de un ingreso a cambio de avanzar en la difusión de conocimiento que genere actividades productivas. Podemos estar asistiendo a la reducción del empleo asalariado pero no necesariamente del trabajo. Las necesidades humanas son ilimitadas y por lo tanto también los servicios que estas necesidades pueden generar, pero descubrir estas posibilidades, aun como cuenta propia o microempresario, requiere habilidades que solo la mayor educación puede dar.

Sabemos que el grueso de los desempleados está en la juventud. Si por ejemplo, y no es más que un ejemplo, partieramos del supuesto que los jóvenes desempleados de 15 a 24 años que están fuera de la escuela secundaria (alrededor de 240.000 en mayo de 1997) no finalizaron estos estudios (lo cual es una hipótesis de máxima), y se les otorgara un ingreso de 1500 pesos anuales para continuar escolarizados, incluyendo 10000 docentes adicionales para atenderlos con un salario anual de \$5000 tendríamos un gasto levemente superior a los 400 millones de pesos o algo más del 0,1 % del PBI. Obviamente este no sería el único gasto ya que se necesitan aulas, equipamientos, etc. Pero sin duda podría aprovecharse al máximo la infraestructura escolar e inclusive la infraestructura social de clubes, parroquias, etc.

Un programa de esta naturaleza más aquel que indicamos para construir una red de protección social que cubriera el Gran Buenos Aires implicaría un costo levemente superior al 0,2% del producto social de nuestra sociedad. Teniendo en cuenta que el Gran Buenos Aires posee un tercio de la poblacional nacional y proyectando beneficiarios y costos en forma simple y lineal para el total nacional podríamos concluir que ambos programas podrían ser financiados con alrededor del 0,6% del PBI. Sumando además un 0,2% adicional para los insumos y equipamientos que un plan de esta naturaleza requiere llegaríamos a menos del 1% del PBI.

Algunos podrían esgrimir que se trata de mucho dinero. Y sin duda lo es. Pero también es verdad que esto representaría una ínfima parte de un gasto social que alcanza en nuestro país al 18% del PBI y nos deja el mensaje de que nuestro problema es menos uno de recursos que de redefinir prioridades, es decir voluntad política. Pero más importante aun, un país en guerra es capaz de asignar al esfuerzo bélico porcentajes altísimos del producto social. Negarse a asignar o reasignar recursos para responder a los desafíos de los nuevos tiempos es no comprender que la Argentina está librando una guerra decisiva para no convertirse en un país

internacionalmente marginal por incapacidad de ingresar a la moderna y tecnológicamente sofisticada producción global y además desintegrado y presa de la violencia, la delincuencia y la incivildad. Mientras mas tiempo tardemos en entender la necesidad de dar esta batalla mas dificil sera salir airosos.

## **BIBLIOGRAFÍA**

**BARBEITO, Alberto**

1998 “Gasto Social y Retracción del Estado Benefactor” en Lo Vuolo, Rubén y Barbeito, Alberto “La Nueva Oscuridad de la Política Social: Del Estado Populista al Neoconservador”, Buenos Aires.

**BENDIX, Reinhard**

1977 “Nation Building and Citizenship”, University of California Press, Berkeley

**BOCCO, Arnaldo y Otros**

1997 “Regresividad Tributaria y Distribución del Ingreso” Unicef/Losada, Buenos Aires

**CEPAL**

1996 “Panorama Económico de América Latina 1996”, Santiago de Chile

**CEPAL**

1995 “Balance Preliminar de la Economía de América Latina y el Caribe”, Santiago de Chile

**CEPAL**

1995 b “Panorama Social de América Latina 1995”, Santiago de Chile

**COMISION EUROPEA**

1995 “Crecimiento, Competividad, Empleo: Retos y Pistas para entrar en el Siglo XXI” Libro Blanco, Ginebra.

**EVANS, Martin- PAUGAM, Serge y PRELIS, Joseph**

1995 “Chunnel Vision: Poverty, social exclusion and the debate on social welfare in France and Britain” Welfare State Programme, London School of Economics and Political Science, Londres.

**GALLI, Vicente y MALFE, Ricardo**

1996 “Desocupación, identidad y salud” en Beccaria, Luis y López Néstor “Sin Trabajo”, Unicef/Losada, Buenos Aires

**ISUANI, Ernesto Aldo**

1996 “Anomia Social y Anemia Estatal: Sobre Integración Social en la Argentina” En SOCIEDAD, No.10, Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires

**ISUANI, Ernesto Aldo**  
1992 “Política Social y Dinámica Política en América Latina”, en Desarrollo Economico Vol XXXII, No.125, Buenos Aires

**ISUANI, Ernesto Aldo**  
1991 "Bismarck o Keynes: quien es el culpable? (Notas sobre la crisis de acumulación)"- en Isuani, Ernesto, Lo Vuolo, Ruben y Tenti, Emilio "El Estado de Bienestar: la crisis de un paradigma" CIEPP/Miño Dávila editores, Buenos Aires

**MONZA, Alfredo**  
1998 “Niños y Adolescentes en la Crisis Ocupacional: Un abordaje desde la perspectiva de la política de empleo” Cuadernos UNICEF, Buenos Aires, en prensa.

**MOORE, Barrington**  
1973 “Los Origenes Sociales de la Dictadura y la Democracia” Península, Barcelona

**NINO, Carlos**  
1993 “Un País al Margen de la Ley”, Buenos Aires

**O’CONNOR, James**  
1986 “Accumulation Crisis! Basil Blackwell Inc. , Nueva York

**O’DONNELL, Guillermo**  
1997 “Contrapuntos: Ensayos sobre Autoritarismo y Democratización” Paidós, Buenos Aires

**OFFE, Claus**  
1985 “The future of the labour market” en OFFE, Claus “Disorganised Capitalism” MIT Press, Cambridge, Mass.

**OFFE, Claus**  
1984 “Competitive Party Democracy and the Keynesian Welfare State”. En “Contradictions of the Welfare State” MIT Press, Boston

**OIT**  
1995 “El Empleo en el Mundo, 1995”, Ginebra

**PNUD**  
1996 “Informe Sobre Desarrollo Humano 1996”, Madrid

**PNUD**  
1993 “Informe Sobre Desarrollo Humano 1993”, Madrid

**POLANYI, Karl**  
1957 “The Great Transformation” Beacon

**REICH , Robert**

1993 “El Trabajo de las Naciones” Editorial Vergara, Buenos Aires

**RIMLINGER**, Gastón

1971 “Welfare Policy and Industrialization” John Willey and Sons, Nueva York

**ROSANVALLON**, Pierre

1995 “La Nueva Cuestión Social”, Manantial, Buenos Aires

**SHONFIELD**, Andrew

1970 “Modern Capitalism” , Oxford University Press, Londres

**TILLY**, Charles

1975 “Reflections on the History of European State-Making” en Tilly, Charles “The Formation of National States in Western Europe” Princenton University Press, N. Jersey

**THUROW**, Lester

1992 “La Guerra del siglo XXI”, Vergara, Buenos Aires

**UNICEF Argentina**

1996 “Datos”, Buenos Aires

**VAN PARIJS**, Philippe

1995 “Más Allá de la Solidaridad”, en Varios Autores, Contra la Exclusión, CIEPP/Miño Dávila Editores, Buenos Aires